

## HISTORIZANDO A HOMERO (y II): LOS TESTIMONIOS ÉPICOS Y MÍTICO-RELIGIOSOS

*Francisco Javier González García*

*LabPPP-IIT-USC. Unidad Asociada IEGPS (CSIC-XuGa)\**

*“Situémonos científicamente con respecto a la antigüedad, podemos entonces tratar de comprender lo pasado con ojos de historiador”.*

*F. Nietzsche, Homero y la filología clásica.*

El presente artículo, continuación de otro trabajo publicado en el número anterior, revisa y critica los argumentos épicos y mítico-religiosos esgrimidos por Latacz en su hipótesis. Esta labor de crítica se cierra en la conclusión final del trabajo en la que se presenta una solución que permita corregir el abuso histórico a que se han visto sometidos los poemas de Homero y, al mismo tiempo, establecer unas directrices que permitan llegar a definir el buen uso de los poemas como fuentes históricas.

This paper, that continues the work initiated in a paper published in *Habis*’ previous number, reviews and criticizes the epic and mythical-religious arguments used in Latacz’s hypothesis on the historical background of the homeric Trojan war. Our work closes with a final conclusion that tries to correct the historical abuse of the homeric poems and to define its good use as historical source.

El presente trabajo es la continuación del artículo publicado en el número anterior de *Habis* en el que, tomando como ejemplo los argumentos y conclusiones de Latacz, se aborda un estudio crítico de la tendencia historizante de los

\* Investigador Contratado. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe. Instituto de Investigacións Tecnolóxicas. Universidade de Santiago de Compostela. Unidade Asociada: Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento (Consejo Superior de Investigacións Científicas – Xunta de Galicia).

poemas homéricos. Si en el artículo anterior se pasó revista a la primera serie de argumentos (arqueológicos e históricos) esgrimidos por los defensores de esta corriente de interpretación de los poemas homéricos, en estas páginas se desarrollará, siguiendo el mismo procedimiento utilizado en nuestro anterior trabajo, una revisión y crítica de los testimonios épicos y mítico-religiosos que generalmente se utilizan para argumentar el carácter básicamente histórico de los relatos que nos ofrecen la *Iliada* y la *Odisea*. Realizada dicha labor, el presente trabajo se cierra, a modo de conclusión, con una reflexión personal sobre la correcta consideración de los poemas homéricos como fuentes históricas.

## 1. EL CATÁLOGO DE LAS NAVES COMO DOCUMENTO MICÉNICO

En nuestro anterior trabajo hemos visto cómo los defensores de la historización de los poemas homéricos defienden la existencia una composición poética micénica sobre la guerra de Troya que habría servido como fuente para los poemas homéricos. Pues bien, en opinión de estos autores, tal y como sostiene Latacz, la prueba fundamental de la existencia de ese poema épico micénico que habría actuado como fuente para la *Iliada* nos la ofrecería el “Catálogo de las Naves” del canto segundo de la *Iliada*. Dado que el trasfondo de la *Iliada* pertenece a una tradición griega sobre la guerra de Troya, ésta necesitaría de una lista de los contingentes participantes en dicho conflicto. Esta sería, precisamente, la función del “Catálogo de las Naves” dentro del poema micénico original que, a diferencia de lo que sucede en la *Iliada*, daba cuenta de toda la historia del asedio a Troya. Latacz cree que la geografía del “Catálogo” es micénica, pues casi el 25% de los topónimos que en él se mencionan no eran localizables en época histórica, mientras que sí lo eran durante el período micénico. La recopilación original de los datos geográficos que ofrece el “Catálogo” se habría realizado, en su opinión, en época micénica, siendo improbable que dicho pasaje sea una compilación postmicénica. La prueba documental definitiva para esta datación del “Catálogo” la ofrecen, para Latacz, las tablillas de Lineal B descubiertas en Tebas entre 1993 y 1995, en las que se recogen tres topónimos (Eleon, Peteon e Hyle) que también se citan en la entrada beocia del Catálogo y que eran lugares desconocidos para los geógrafos griegos de época histórica<sup>1</sup>.

La consideración del Catálogo de las Naves como un documento que da cuenta de la geografía del mundo micénico es ya un tema muy antiguo dentro del campo de los estudios homéricos, del mismo modo que también lo es la otra línea de investigación con respecto a dicho pasaje, aquella que lo interpreta como un texto que describe la geografía de época arcaica. La línea promicénica de investigación sobre el Catálogo de las Naves se puede considerar inaugurada por Allen<sup>2</sup>, mientras que la

<sup>1</sup> J. Latacz, *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma* (Barcelona 2003; Berlin 2001) 300-339.

<sup>2</sup> T. W. Allen, “The Homeric Catalogue”, *JHS* 30 (1910) 292-322 y, sobre todo, T. W. Allen, *The Homeric Catalogue of Ships* (Oxford 1926).

pro-arcaica tuvo su inicio a fines del XIX con la obra de Niese<sup>3</sup>, siendo proseguidas con posterioridad ambas líneas de investigación en una multitud de trabajos. No voy a entrar aquí en un pormenorizado estudio historiográfico de estas dos posturas con respecto al Catálogo<sup>4</sup>, simplemente, me limitaré a señalar la imprecisión de las conclusiones generales a las que llegaron Hope-Simpson y Lazenby<sup>5</sup>, autores de una de las más extensas revisiones arqueológicas de los lugares mencionados en el Catálogo cuya finalidad era, precisamente, demostrar el carácter micénico de la geografía que en él se describe. La lectura de dichas conclusiones no ofrece ningún dato definitivo que permita afirmar que el Catálogo refleja, para la totalidad del territorio griego en él descrito, la época micénica. Esto sólo se podría demostrar para tres regiones: Pilos, donde la imagen que ofrece el Catálogo y la que nos ofrecen las tablillas no coincide<sup>6</sup>, Argos y Micenas, donde la ausencia de suficiente material escrito en Lineal B dificulta cualquier intento de comparación con los datos del Catálogo que, además, ofrece una geografía política de ambos reinos bastante problemática desde el punto de vista arqueológico<sup>7</sup>.

Por lo que respecta a la composición micénica del Catálogo, ya se han realizado, desde hace años, objeciones a dicha posibilidad. Así, por ejemplo, García Ramón<sup>8</sup> señaló que era muy poco probable que la poesía hexamétrica griega tuviese un origen micénico, tal y como parece confirmarlo el hecho de que muchas fórmulas homéricas que se consideraban micénicas han resultado ser amétricas al ser trasladadas a la lengua de las tablillas. No obstante, los temas de esta poesía hexamétrica postmicénica sí serían tradicionales y muchos de ellos habrían sido heredados del período micénico. A la luz de estos datos, parece que no podemos pensar en un Catálogo de las Naves compuesto, en lo esencial, durante el período micénico para dar cuenta, dentro de la historia de la guerra de Troya, de la lista de combatientes micénicos en dicho conflicto bélico.

Parece, así pues, que esa seguridad con la que Latacz considera demostrado el carácter micénico del Catálogo de las Naves y su composición no es tal y que, en realidad, al igual que vimos que sucedía con los restantes pilares sobre los que se basaba su argumentación, las dudas son tantas, o más, que las posibles seguridades.

<sup>3</sup> B. Niese, *Der homerische Schiffskatalog als historische Quelle betrachtet* (Kiel 1873).

<sup>4</sup> A los lectores interesados en dicha cuestión los remito a F. J. González García, *El Catálogo de las Naves. Mito y parentesco en la épica homérica* (Madrid 1997) 1-44.

<sup>5</sup> R. Hope-Simpson, F. J. Lazenby, *The Catalogue of Ships in Homer's Iliad* (Oxford 1970).

<sup>6</sup> Tal y como señala C. Milani, "I toponimi micenei e il Catalogo delle Navi", *RIL* 121 (1987) 165, y C. Milani, "Geografía micenea e geografía del Catalogo delle Navi", M. Sordi (ed.), *Geografía e storiografía nel mondo classico* (Milano 1988) 9.

<sup>7</sup> F. J. González García, "La geografía de los reinos de Argos y Micenas en el Catálogo de las Naves. ¿mito o historia?", P. López Barja, S. Rebores Morillo (eds.), *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo* (Santiago de Compostela - Vigo 2000) 57-72.

<sup>8</sup> J. L. García Ramón, "En torno al Catálogo de las Naves homérico. (A propósito de un reciente libro de R. Hope-Simpson y J. F. Lazenby)", *CFC* 7 (1970) 168 ss.

Los nuevos hallazgos de tablillas en Tebas y las menciones, en ellas, de lugares citados en la entrada tebana del Catálogo no suponen, en mi opinión, ninguna variación con respecto a todo lo que hemos venido diciendo hasta ahora sobre el Catálogo de las Naves y su posible carácter micénico. Entre dichas tablillas y el pasaje homérico existen coincidencias en tres topónimos, explicables del mismo modo que muchas otras coincidencias que se producen entre el material en Lineal B y el Catálogo, como pueden ser Pilos, Micenas, Argos, etc., es decir, nombres que se han conservado gracias a la tradición oral y que no han desaparecido del texto homérico, al igual que sabemos que ha sucedido con otros nombres, como, por ejemplo, con ciertos héroes en determinados pasajes de la *Iliada*<sup>9</sup>. Se trata, por tanto, de nombres de localidades micénicas que, en este caso, desaparecieron hasta el punto de que los geógrafos griegos no los sabían ubicar y localizar. En mi opinión, existe una gran diferencia entre aceptar esta afirmación y defender, como hace Latacz, que la estructura organizativa del reino de Tebas en el Catálogo y en las tablillas es la misma y considerar que estos tres topónimos nos ofrecen un argumento definitivo para datar la geografía del Catálogo, a no ser, claro está, que se pretenda argumentar que el autor del poema micénico original que narra la guerra de Troya utilizó material documental palacial escrito en Lineal B para componer su obra<sup>10</sup>. Aceptar esta hipótesis es, cuando menos, caer en el absurdo, tanto a juzgar por el carácter de la documentación escrita micénica que, como sabemos se circunscribía al ámbito de la administración palacial, estaba en manos de especialistas y era, además, efímera, tal y como parece demostrarlo el hecho de que las tablillas micénicas, a diferencia de las mesopotámicas, no se cocían para ser almacenadas, como por la falta de cualquier tipo de literatura escrita en Lineal B y por el propio carácter oral de la poesía griega que acabó culminando en los poemas homéricos.

## 2. LOS MITOS Y LA TRADICIÓN ORAL

Una vez aceptado el carácter micénico del material que sirvió de fuente al poema homérico, se plantea Latacz una nueva cuestión que es preciso resolver: ¿cómo llegó toda esta información hasta Homero? Para solventar dicha cuestión recurre a la tradición oral de la que bebe Homero<sup>11</sup>. Todos estos relatos con fondo histórico se habrían transmitido, gracias a la tradición oral, entre el momento en que se produjo la caída de los palacios micénicos y la época en que se compuso la *Iliada*. En el caso griego, la tradición oral sería, según Latacz, bastante fiel desde el punto de vista histórico, debido a que dicha tradición, a diferencia de las de otras

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo, F. J. González García, “¿Por qué Menesteo?: la entrada ateniense del Catálogo de las Naves (*Iliada*, II, 546-556) y la edición pistrática de los poemas homéricos”, *Gerión* 15 (1997) 87-110. Para el caso concreto de esta mención iliádica a Menesteo véase también J. Signes Codoñer, *Escritura y literatura en la Grecia arcaica* (Madrid 2004) 250 ss.

<sup>10</sup> Tal y como ya había argumentado V. Burr, *NEON KATALOGOS. Untersuchungen zum homerischen Schiffskatalog* (Leipzig 1944) 118 ss.

<sup>11</sup> Latacz, *Troya y Homero...*, 340-374.

comunidades orales, es especial, pues no se trata de una oralidad pura sino de la consecuencia directa de la desaparición momentánea de la forma de escritura micénica (Lineal B) y su posterior sustitución por la escritura alfabética. Este hecho, en su opinión, concede una mayor fiabilidad histórica a la tradición oral griega. Estos relatos con base histórica se habrían transmitido durante estos siglos en forma de mitos, pues estos “narran sucesos y actores que no pueden situarse en el siglo VIII o posteriormente, sino que han de situarse en un tiempo muy anterior. Y en la mayor parte de los casos está claro y es incuestionable que esos fueron los tiempos micénicos”<sup>12</sup>. Dichos mitos habrían atravesado vivos ese período de tiempo gracias a la poesía hexamétrica y a la composición oral formular, muy anterior a Homero, que, con toda probabilidad, se desarrolló, ya, en época micénica. Homero, por tanto, supuso el fin de una tradición poética secular, de origen micénico, cuya pervivencia durante la Época Oscura se explicaría como una consecuencia directa de la situación social del mundo griego durante dicha etapa, durante la que “la pequeña nobleza de la llamada Época Oscura de la historia griega se mantiene como puede en el antiguo estándar de vida. Las viejas narraciones de gloria y grandeza de boca de los aedos representan en ello un continuo apoyo y ánimo”<sup>13</sup>.

Detengámonos, por tanto, en revisar la validez de todos estos argumentos expuestos por Latacz en apoyo de la historicidad de Homero. A lo largo de las presentes páginas ya nos hemos encontrado, en varias ocasiones, con ciertos datos (fundamentalmente algunos objetos y ciertos topónimos) que se pueden interpretar como posibles pervivencias micénicas conservadas en los poemas homéricos y que, por tanto, parecen indicar que se produjo cierta continuidad entre el mundo micénico y la Grecia de la Edad del Hierro que permitió que esas noticias llegasen hasta la época de composición de los poemas homéricos. Su conservación sólo se puede explicar gracias a la tradición oral y a la inclusión de los materiales así conservados dentro de la tradición de composición poética oral basada en fórmulas a la que pertenecen la *Iliada* y la *Odisea*. El problema radica en saber la forma en que dichas noticias llegaron hasta la época de composición de los poemas: ¿se trataba de una tradición poética micénica similar a la homérica que fue reutilizada por Homero para la composición de sus poemas o, simplemente, estamos ante materiales que llegaron vivos hasta dicha época a través de otros géneros literarios orales?

La creencia en la existencia de una poesía épica micénica, antecedente de la épica homérica, cuenta con una antigua y larga tradición dentro de la investigación<sup>14</sup>. Teniendo en cuenta el carácter casi universal de la poesía oral y las diversas

<sup>12</sup> *Ibid.* 342.

<sup>13</sup> Latacz, *op. cit.* 373-374.

<sup>14</sup> Con obras como, por ejemplo, G. Murray, *The rise of the Greek Epic* (Oxford 1907, r. London 1949); M. Bowra, *Tradition and design in the Iliad* (Oxford 1968; 1ª ed. 1930); M. P. Nilsson, *Homer and Mycenae* (New York 1968; ed. orig. 1933); R. Carpenter, *Folktale, fiction and saga in*

formas en que ésta se manifiesta<sup>15</sup>, no considero lógico negar la posible existencia de este tipo de forma poética en el mundo micénico, pero siempre dejando claro que se trata, como hace años señaló Kirk<sup>16</sup>, de una posibilidad y no de un hecho demostrado. Un problema distinto es la aceptación, o no, del origen micénico de la poesía hexamétrica griega. Como hemos visto, la opinión de algunos autores, como García Ramón, es contraria a dicha hipótesis, mientras que Latacz, por su parte, da por hecho que el hexámetro se desarrolló durante el Bronce griego. El argumento principal que respalda dicha aceptación viene dado por la conservación del valor métrico de la digamma dentro del hexámetro homérico, letra que, en la lengua de Homero, ya había desaparecido. Este dato, en realidad, sólo implica que la técnica compositiva que Homero heredó se desarrolló en algún momento anterior a la caída de la digamma, pero ello no implica, necesariamente, que la poesía hexamétrica griega se haya desarrollado en época micénica. Entre la caída de los palacios micénicos y el mundo de Homero transcurrieron entre cuatro y cinco siglos en los que se pudo producir la creación de la poesía hexamétrica y las transformaciones lingüísticas de que da cuenta, en griego, la caída de la digamma<sup>17</sup>. Por tanto, la aceptación del origen micénico de la poesía hexamétrica se basa en otro tipo de datos o de presupuestos bastante alejados, a mi modo de ver, de la pura objetividad científica.

Como prueba a favor de dicha aceptación generalmente se esgrime la continuidad lingüística, étnica y cultural entre el mundo micénico y el mundo de los poemas. La prueba de que la lengua registrada en el Lineal B es griego no ofrece ninguna duda, siendo a partir de este dato que se defiende, también, la continuidad étnica y cultural entre ambos períodos. El testimonio fundamental en favor de la continuidad cultural lo ofrece la religión, de tal modo que, a partir de las menciones de dioses del panteón griego clásico en las tablillas de Lineal B<sup>18</sup>, se ha defendido la ausencia de una ruptura clara, en el plano religioso, entre el mundo micénico y la Grecia de la Edad del Hierro. Sin embargo, si consideramos la religión micénica en su conjunto, vemos que ésta parece no ofrecer, fuera de esas menciones a algunos dioses, unos elementos claros de continuidad y así, por ejemplo, sabemos que en los textos en Lineal B también se hace referencia a dioses desconocidos en épocas posteriores de la historia de Grecia. A juzgar por estos datos, la única afirmación segura con respecto a la continuidad entre las religiones micénica y

*the Homeric epics* (Berkeley 1946, r. Berkeley-Los Angeles-London 1974); D. L. Page, *History and the Homeric Iliad* (Berkeley-Los Angeles 1959); T. B. L. Webster, *La Grèce de Mycènes a Homère. Archéologie. Art. Littérature* (Paris 1962).

<sup>15</sup> Tal y como señaló R. Finnegan, *Oral poetry. Its nature, significance and social context* (Cambridge 1977).

<sup>16</sup> G. S. Kirk, "Objective dating criteria in Homer", *MH* 17 (1960) 201.

<sup>17</sup> Un planteamiento similar se puede ver en Kirk, "Objective dating...", 197.

<sup>18</sup> M. Gérard-Rousseau, *Les mentions religieuses dans les tablettes myceniennes* (Roma 1968).

griega histórica viene dada por el carácter politeísta de ambas, lo cual, teniendo en cuenta la diversidad de los politeísmos, tampoco quiere decir mucho. Apenas sabemos nada sobre la organización del culto, las reglamentaciones de fiestas y los rituales micénicos y sobre otros aspectos, como la mitología, no tenemos ni la más mínima idea, pues no se conserva ningún mito. Con respecto al culto en época micénica, los datos de las tablillas nos permiten intuir el papel fundamental que jugó el palacio en el desarrollo de los ritos religiosos<sup>19</sup>. Esta última característica resulta imposible de aplicar a la religión griega de época histórica que, como sabemos, es una religión ciudadana, cuyas formas organizativas están estrechamente vinculadas con la aparición de la polis<sup>20</sup>. Todo parece indicar, por tanto, que “para afirmar una sustancial afinidad entre ambas religiones [la micénica y la griega] se necesitaría tener otras bases muy diferentes que las de unos pocos nombres en común”<sup>21</sup>.

Pese a estas últimas consideraciones, totalmente correctas en mi opinión, persiste una antigua hipótesis, elaborada por Nilsson<sup>22</sup>, que defiende el origen micénico de la poesía homérica a partir del hecho de que los ciclos míticos heroicos griegos más importantes tienen como marco de acción los centros micénicos más importantes. Esta afirmación implica, de hecho, intentar solucionar una pregunta de mucho mayor alcance: ¿cómo se origina un mito? Dicha pregunta, a mi entender, carece de respuesta desde el momento en que el mito, como han puesto de manifiesto los análisis de Lévi-Strauss<sup>23</sup>, es un producto oral, fruto de una forma de pensamiento que da cuenta de una racionalidad distinta a la del pensamiento civilizado y que utiliza datos de la naturaleza sensible para, con ellos, reflexionar y explicar el mundo, la sociedad, las costumbres, etc. Los mitos, en conclusión, se pueden definir como construcciones intelectuales que se alimentan de reciclar la realidad y, por ello, cualquier aspecto de ésta puede ser utilizado por el pensamiento mítico para, a partir de él, reflexionar sobre un problema o preocupación humana. Desde este punto de vista, la vinculación establecida por Nilsson entre ciclos míticos heroicos y los restos micénicos pudo ser el resultado de una reflexión, desarrollada en época postmicénica, a partir de los restos de las ciudades y tumbas de la Edad del Bronce que, como sabemos gracias a la noticias de autores antiguos como Pausanias (2.16.5-6, sobre las ruinas de Micenas), aún eran visibles

<sup>19</sup> W. Burkert, *Greek Religion. Archaic and Classical* (Oxford 1985) 9-30 y 46.

<sup>20</sup> L. Bruit-Zaidman, P. Schmitt-Pantel *La religión griega en la polis de la época clásica* (Madrid 2002) 7-8.

<sup>21</sup> A. Brelich, “Religión micénica: observaciones metodológicas”, M. Marazzi (ed.), *La sociedad micénica* (Madrid 1982) 209. Con respecto a esta cuestión véase también J. C. Bermejo Barrera, S. Reboreda Morillo, “Religión micénica y religión griega: problemas metodológicos”, J. C. Bermejo Barrera, F. J. González García, S. Reboreda Morillo, *Los orígenes de la mitología griega* (Madrid 1996) 5-40.

<sup>22</sup> M. P. Nilsson, *The mycenaean origin of greek mythology* (Berkeley-Los Angeles-London 1972; 1ª ed. 1932).

<sup>23</sup> Cl. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje* (México 1984).



en época histórica y no, necesariamente, como consecuencia de la conservación, desde época micénica, de historias míticas transmitidas oralmente hasta época de Homero. Se trata, a fin de cuentas, de defender un proceso de creación de explicaciones míticas sobre el pasado, a partir de restos arqueológicos, similar al que se manifiesta en muchas sociedades campesinas europeas actuales<sup>24</sup>, pero sin llegar a caer, evidentemente, en el exceso de creer, como defiende Boardman<sup>25</sup>, que los restos arqueológicos del pasado micénico que conocieron los griegos fueron el principal factor explicativo de la génesis y desarrollo de los mitos griegos.

La religión griega nos ofrece un ejemplo bastante claro, dentro del ámbito del ritual, de esta forma de reciclaje de materiales arqueológicos con una finalidad religiosa y cultural nueva: el culto heroico. Desde Farnell<sup>26</sup> se ha venido afirmando la contemporaneidad entre la difusión de los poemas homéricos y el desarrollo del culto heroico, interpretándose, de hecho, que el segundo fue una consecuencia de la primera, relación de causa-efecto que, en realidad, no parece estar confirmada por los datos arqueológicos<sup>27</sup>. Dejando a un lado este hecho, lo que resulta evidente es que a partir del siglo VIII a.C. comienzan a aparecer, en Grecia, restos arqueológicos del culto heroico asociados en muchas ocasiones a tumbas y restos micénicos. De entrada, y a diferencia de lo que había supuesto Nilsson<sup>28</sup>, parece que podemos descartar la posibilidad de que estemos ante un culto que es continuación de una tradición micénica<sup>29</sup>.

En mi opinión, la solución al problema planteado por el origen del culto heroico pasa por tener en cuenta las transformaciones vividas por la sociedad griega de Edad del Hierro. Snodgrass<sup>30</sup> desarrolló una hipótesis explicativa de la aparición del culto heroico que se basa en la función desempeñada por el ritual heroico dentro de las comunidades del siglo VIII; en dicho siglo, las tradiciones épicas y

<sup>24</sup> Sobre dicho proceso ver por ejemplo, para el caso gallego en concreto, M. M. Llinares García, *Mouros, ánimas, demonios. El imaginario popular gallego* (Madrid 1990); B. Aparicio Casado, *A sociedade campesiña na mitoloxía popular galega* (Santiago de Compostela 2002).

<sup>25</sup> J. Boardman, *The Archaeology of Nostalgia. How the Greeks re-created their mythical past* (London 2002).

<sup>26</sup> L. R. Farnell, *Greek hero cults and ideas of immortality* (Oxford 1970; 1ª ed. 1921) 280-285; Ver también J. N. Coldstream, "Hero cult in the Age of Homer", *JHS* 96 (1976) 8-17 y J. N. Coldstream, *Geometric Greece* (London 1977) 341 ss.

<sup>27</sup> C. Antonaccio, "Contesting the past: Hero cult, tomb cult, and epic in Early Greece", *AJA* 98 (1994) 395-396; C. Antonaccio, *An Archaeology of ancestors. Tomb cult and hero cult in Early Greece* (Boston Way 1995) 221 ss.; C. Antonaccio, "The Archaeology of ancestors", C. Dougherty, L. Kurke, *Cultural Poetics in Archaic Greece. Cult, performance, politics* (New York-Oxford 1998) 52 ss.

<sup>28</sup> M. P. Nilsson, *The minoan-mycenaean religion and its survival in Greek Religion* (Lund 1968; 1ª ed. Lund 1927) 584 ss.

<sup>29</sup> Tal y como señaló Th. Hadzisteliou-Prize, "Hero-cult and Homer", *Historia* 22 (1973) 131 y Th. Hadzisteliou-Prize, "Hero cult in the Age of Homer and earlier", *Arktouros. Hellenic Studies presented to B. M. W. Knox of his 65th birthday* (Berlin-New York 1979) 219-228.

<sup>30</sup> A. M. Snodgrass, "Les origines du culte des héros dans la Grèce antique", G. Gnoli, J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (Cambridge-Paris 1982) 107 ss.



los restos micénicos habrían actuado como aceleradores para la creación de este tipo de cultos que, en el fondo, funcionarían como el mecanismo que servía para relacionar a los habitantes del lugar en época histórica con sus antiguos moradores, los héroes. En esta misma dirección, Bérard señaló la estrecha vinculación existente entre la aparición de la polis y los cultos heroicos, siendo estos, en su opinión, la forma de perpetuar la institución monárquica dentro de una forma de organización política, la ciudad-estado, en la que aquélla ya había desaparecido<sup>31</sup>. Creo que el origen del culto heroico, pese a que éste presenta ciertas diferencias regionales señaladas por Whitley<sup>32</sup>, se debe buscar en el deseo de enraizar en el pasado, a través del culto, el territorio sobre el que se constituye la polis, es decir, darle una plasmación ritual a un hecho que, hasta el momento, era exclusivamente mítico: la creencia en los héroes<sup>33</sup>. La vinculación entre arqueología micénica y mitología griega es, por tanto, mucho más compleja de lo que Nilsson suponía y, además, se puede explicar a través de procedimientos distintos al simple origen micénico y a su transmisión hasta época homérica.

Creo necesario realizar, también, algunas observaciones con respecto a ese carácter especial que Latacz concede a la tradición oral griega. Sabemos que, en el caso griego, el paso de la cultura oral a la cultura escrita se caracteriza por una serie de rasgos que diferencian a dicho proceso histórico de otros similares que se produjeron a lo largo de la historia de la humanidad. Dicha especificidad deriva, según Havelock<sup>34</sup>, de una serie de condicionantes que sólo se dan en el caso griego: la situación de autonomía e independencia política vivida por Grecia durante este proceso, el carácter autónomo de la invención de la escritura alfabética en Grecia y, por último, el hecho de que dicha escritura, a lo largo de toda la historia de la Grecia antigua, siempre estuvo bajo control griego. A estos tres condicionantes debemos añadir, además, que en Grecia se atestigua un largo período de resistencia a la nueva tecnología comunicativa, lo que explica la pervivencia, durante siglos, de formas propias de la cultura oral, como el mito, y la paradoja de que la escritura alfabética, llamada a sustituir a la oralidad, se utilizó en un principio para dar cuenta de la propia tradición oral (tal y como parece manifestarse en la puesta por escrito de los poemas homéricos en algún momento de la Época Arcaica).

A juzgar por lo que acabamos de exponer, esta especificidad del caso griego no tiene nada que ver, por tanto, con el carácter que Latacz le concede. En opinión

<sup>31</sup> C. Bérard, "Recuperer la mort du prince: heroisation et formation de la cité", G. Gnoli, J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (Cambridge-Paris 1982) 89-105.

<sup>32</sup> J. Whitley, "Early states and hero-cults: a re-appraisal", *JHS* 108 (1988) 177 ss.

<sup>33</sup> Ver, en esta línea interpretativa, I. Morris, "Tomb cult and the 'Greek Renaissance': the past in the present in the 8<sup>th</sup> century BC", *Antiquity* 62 (1988) 751; H. Bowden, "Hoplites and Homer: Warfare, hero cult and the ideology of the polis", J. Rich, G. Shipley (eds.), *War and society in the Greek World* (New York 1993) 49 ss.; C. Antonaccio, "Contesting the past...", 408-410.

<sup>34</sup> E. A. Havelock, *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente* (Barcelona 1996).

de Latacz, como ya he señalado, la tradición oral griega sería especial por haberse desarrollado entre dos períodos en los que el mundo griego habría conocido la escritura (el micénico, con el Lineal B, y la época histórica, con la escritura alfabética). Sería, precisamente, esta pérdida “temporal” de la escritura, la que concedería un mayor valor como fuente histórica a la tradición oral griega, expresada en sus mitos, con respecto al resto de las tradiciones orales.

Este planteamiento de Latacz implica, a mi entender, un grave error en lo que respecta a la comprensión del carácter de las sociedades orales y a los cambios que en ellas introduce la escritura. Los transformaciones introducidas en una cultura oral por la escritura no son tan rápidas como opina Latacz y, de hecho, el caso griego histórico así nos lo demuestra, tal y como vimos que señalaba Havelock<sup>35</sup>. La argumentación de Latacz, además, es históricamente errónea, pues concede al Lineal B, en tanto que escritura y forma de conservación del conocimiento, una influencia mucho mayor sobre el conjunto de la sociedad micénica de la que realmente parece haber tenido. Sabemos que dicha escritura, por su complejidad, estuvo en manos de especialistas<sup>36</sup>, siendo, por ello, muy restringida su área de acción (la administración palacial). Estos dos motivos explican que apenas haya influido sobre el resto de la población. Los cambios que dicho sistema de escritura debió introducir en el conjunto del mundo micénico, aquél que quedaba al margen del palacio, debieron ser mínimos y, por tanto, todo parece indicar que la sociedad micénica, con excepción de la administración palacial, siguió siendo básicamente oral. Esa supuesta especificidad del caso griego en lo que respecta a su tradición oral cae, así, por su propio peso, al igual que lo hace, pese a lo que afirme Latacz, la mayor precisión y valor histórico de la tradición oral griega, características que, tal y como estableció Vansina en su estudio sobre el valor histórico de las tradiciones orales<sup>37</sup>, se suelen perder al cabo de tres generaciones.

Este error de consideración, por parte de Latacz, con respecto a la cultura oral griega deriva, en gran medida, de sus presupuestos sobre la composición de los poemas homéricos y su carácter, expresados por dicho autor en trabajos anteriores<sup>38</sup>. Las tesis de Latacz a este respecto se fundamentan sobre dos ideas básicas: la primera, considerar que la poesía homérica pese a ser una poesía oral, como lo demuestra su técnica compositiva, es diferente al resto de las creaciones poéticas

<sup>35</sup> Ver también E. A. Havelock, *Prefacio a Platón* (Madrid 1994). Sobre los cambios provocados por el paso oralidad - escritura véase W. J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* (México 1987) 114-116; J. Goody, *La domesticación del pensamiento salvaje* (Madrid 1985). Para el caso concreto del mundo griego y en lo que respecta a la introducción y difusión de la escritura alfabética, véase J. Signes Codoñer, *Escritura y literatura...*, 66 ss.

<sup>36</sup> J. Chadwick, *El enigma micénico. El desciframiento de la Lineal B* (Madrid 1973); J. Chadwick, *El mundo micénico* (Madrid 1977) 36 ss.; P. Carlier, *Homère* (Paris 1999) 365-367.

<sup>37</sup> J. Vansina, *La tradición oral* (Barcelona 1968; ed. orig. 1961).

<sup>38</sup> J. Latacz, *Homer. His art and his world* (Ann Arbor 1988; ed. orig. en alemán 1985).

orales por su mayor calidad y por el genio de su autor<sup>39</sup> y, la segunda, aceptar la posibilidad de que en la Grecia de fines del siglo VIII a.C., en especial en el litoral de Jonia, se hayan podido componer por escrito poemas de la extensión de la *Iliada* y la *Odisea*<sup>40</sup>. Si encuadramos los poemas homéricos dentro del contexto cultural del mundo griego durante el período que va de su fase oral hasta la introducción de la escritura, tal y como ha hecho Nagy en un trabajo reciente, podemos observar que los argumentos de Latacz son, simplemente, hipótesis y que, además, existen indicios, dentro de nuestra documentación, que apuntan a que éstas son erróneas. Así, por ejemplo, nada parece confirmar que la escritura alfabética haya sido necesaria para la composición o recitación de los poemas homéricos, al menos hasta un momento avanzado de la historia griega, como podría ser el siglo VI a.C., y, en caso de que en esta época se hayan utilizado versiones escritas de los poemas, éstas habrían servido para su recitación y no para su composición, que habría sido plenamente oral<sup>41</sup>; por lo que respecta al carácter especial de la poesía homérica, a esa supuesta mayor calidad, con respecto al resto de la poesía épica, ésta pudo ser, en opinión de Nagy<sup>42</sup>, fruto de la labor de depuración del texto homérico por parte de los filólogos alejandrinos.

Dejando a un lado el problema de la incompreensión del carácter de la cultura oral en la argumentación de Latacz, existe, por lo demás, otro elemento que dificulta esta tendencia a considerar que el contenido de los poemas homéricos está fundamentalmente compuesto por material de origen micénico. La realización de estudios comparativos entre los poemas homéricos y el material épico y mítico oriental<sup>43</sup> ha puesto de manifiesto la existencia de influjos orientales en Homero, llegándose a detectar 169 ejemplos de influencias orientales en la *Iliada* y 70 en la *Odisea*<sup>44</sup>, e incluso se ha señalado la existencia de poemas anatólios, luvitas, en concreto, que mencionan “la escarpada Wilusa” y que pudieron haber influido sobre la tradición época griega<sup>45</sup>. Estos datos exigen la apertura de una línea de investigación que intente aclarar el alcance, posible origen y cronología de dichas influencias. En este sentido, West<sup>46</sup> ha señalado que la introducción de estos influjos orientales en el mundo griego fue consecuencia directa de los múltiples contactos que Grecia, a lo largo de gran parte de su historia, mantuvo con Oriente, desde

<sup>39</sup> Latacz, *Homer...*, 33 ss.

<sup>40</sup> *Ibid.* 65 ss.

<sup>41</sup> G. Nagy “Homeric questions”, *TAPhA* 122 (1992) 32-36.

<sup>42</sup> *Art. cit.* 37-38.

<sup>43</sup> M. L. West, “The date of the *Iliad*”, *MH* 52 (1995) 211; M. L. West, *The East Face of Helikon. West asiatic elements in Greek Poetry and Myth* (Oxford 1997); W. Burkert, *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega* (Barcelona 2002).

<sup>44</sup> West, *The East Face...*, 334 ss. y 402 ss.

<sup>45</sup> P. Cornil, “La guerre de Troie d’après les documents hittites”, *Ollodagos* 3/2 (1991) 140-141; ver también Carlier, *Homère...*, 84 y 335.

<sup>46</sup> *The East Face...*, 625-626.

el período micénico pleno (1450-1200 a.C.) hasta el siglo V a.C. Para el caso que aquí nos ocupa, los poemas homéricos, se podría pensar que estos influjos orientales se habrían introducido durante la Edad del Bronce, como consecuencia de los estrechos contactos entre el mundo micénico y Oriente, en la épica micénica, de donde los heredaría su sucesora, la poesía épica homérica; sin embargo, esta hipótesis pierde credibilidad debido a que, como indicó West<sup>47</sup>, el principal influjo oriental sobre los poemas homéricos parece haber sido ejercido por una versión de la Epopeya de Gilgamesh similar a la conocida en Nínive en el siglo VII a.C., lo que sitúa la introducción de dicha influencia a inicios de Época Arcaica; datación confirmada, en opinión de dicho autor, por la presencia, en la *Iliada* y la *Odisea*, de otras influencias menores, también procedentes de la literatura cortesana asiria, que se pueden datar en esa misma época. Esta presencia de motivos orientales no se puede interpretar, evidentemente, de un modo simplista, es decir, considerando que se trata de mitos orientales que conservan su significado originario al ser incorporados a la épica o a la mitología helénicas, pues sabemos que una de las propiedades fundamentales del pensamiento mítico radica en que los mitos, al pasar de un pueblo a otro, sufren una serie de cambios para adaptarse a la nueva situación cultural<sup>48</sup>.

Parece, en conclusión, que no se puede defender con tanta facilidad, como supone Latacz, un origen micénico ni para la poesía homérica, ni para la mitología griega y que ambas, en realidad, hunden sus raíces en una tradición cultural mucho más compleja que la que deja entrever el planteamiento reduccionista que defiende un origen micénico para ambas. Parece, por tanto, que la capacidad de la épica homérica para dar cuenta de acontecimientos históricos reales sucedidos durante la Edad del Bronce griega, a través del recurso a su especial carácter oral, es mucho menor de lo que Latacz supone y que, por tanto, podemos considerar que no existe ningún dato definitivo que permita afirmar con seguridad que la tradición oral y mítica de la que bebe Homero se hubiese originado en época micénica.

### 3. A MODO DE CONCLUSIÓN: SOBRE EL BUEN USO HISTÓRICO DE LOS POEMAS HOMÉRICOS

Una vez enumeradas las diversas líneas argumentales sobre las que Latacz organiza su demostración del carácter de la *Iliada* como fuente histórica secundaria para el conocimiento del conflicto histórico que destruyó Troya, sinteticemos sus conclusiones.

Sabemos, gracias a las tablillas de Lineal B y a los materiales arqueológicos, que el mundo micénico estaba en contacto con Asia Menor y, en concreto, con la costa de Anatolia y sus islas. Ciertos datos de las tablillas (menciones a posibles esclavas originarias de Asia Menor) parecen señalar la posible existencia de expe-

<sup>47</sup> *Op. cit.* 627.

<sup>48</sup> Cl. Lévi-Strauss, “La gesta de Asdiwal”, *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades* (México 1979) 182-183.

diciones micénicas de rapiña sobre dichos territorios. También sabemos, gracias a la documentación hitita, que los micénicos se habían expandido por Asia Menor durante el siglo XIII a.C. A juzgar por la posible identificación de Wilusa con un reino de la Tróade, con la Ilios homérica, podemos pensar que, dentro de este contexto, se habría producido el ataque a Troya por los micénicos. La arqueología de Troya nos muestra que entre 1250 y 1180 dicha localidad sufrió dos catástrofes destructivas: el terremoto que asoló Troya VI y el incendio que parece haber acabado con Troya VIIa, fruto quizás, en opinión de Latacz, de un ataque exterior. La *Iliada* daría cuenta, de forma muy parcial, de estos acontecimientos; por ello Latacz la considera como una fuente histórica secundaria, y lo haría gracias a que, como nuestro autor ha intentado demostrar, la tradición de la que bebió Homero para componer su poema se creó y desarrolló, en un primer momento, durante la época micénica<sup>49</sup>.

Latacz es consciente, pese a todas las pruebas que aporta, del carácter hipotético y especulativo que presenta esa histórica guerra de Troya que, en su opinión, habría tenido lugar a fines de la Edad del Bronce y, de hecho, cierra su trabajo con la siguiente afirmación:

“Lo que podemos formular como conclusión es que, ciertamente, en el punto alcanzado hoy por la investigación, aún no podemos decir nada realmente vinculante sobre la historicidad de la “guerra de Troya”. Pero las probabilidades de que, tras la historia de Troya / Wilios con su gran expedición griega contra un centro de poder obstaculizante, en todos los sentidos, en la muy codiciada costa de Asia Menor occidental, haya un suceso histórico, no han disminuido por los esfuerzos investigadores unidos de diversas disciplinas en los últimos veinte años. Todo lo contrario: siguen creciendo fuertemente. La multitud de indicios que indican justo en esa dirección es poco menos que abrumadora. (...) Por eso, hoy podemos vislumbrar la continuación de la investigación con cierta tensión llena de presentimientos. La antigua incertidumbre decrece y la solución parece estar más próxima que nunca. No sería asombroso que, en el próximo futuro, el resultado fuera: hay que tomar en serio a Homero”<sup>50</sup>.

Así pues, tras tanto esfuerzo por intentar demostrar la historicidad, por reducida que sea, de la narración iliádica, Latacz tiene que acabar reconociendo el carácter especulativo de su argumento inicial a demostrar. Debemos señalar que, si nos movemos dentro del terreno de las hipótesis y de las especulaciones, no existe ningún problema para aceptar la posible destrucción de Hissarlik/Troya por un continente micénico. No obstante, lo que no se puede aceptar, de ningún modo, es que se ha demostrado la validez del relato homérico como fuente para el conocimiento de dicho ataque, por muy secundario que sea el carácter que, como documento histórico, se le conceda a dicho relato.

<sup>49</sup> Latacz, *Troya y Homero...*, 375-386.

<sup>50</sup> Latacz, *op. cit.* 385-386.

Hemos visto la debilidad de los argumentos que Latacz presenta como pruebas “convincentes” que permiten aceptar la historicidad de la guerra de Troya que Homero nos describe. A este respecto, la situación, pese a las excavaciones de Korfmann y su equipo, ha variado muy poco con respecto a 1964, cuando Finley sostuvo la falta total de pruebas arqueológicas o históricas (tablillas micénicas e hititas) que apoyasen dicha historicidad. Aún así, podemos aceptar a modo de suposición, como ya he dicho, que la guerra de Troya tuvo lugar y que los niveles de destrucción de Troya VI o VIIa son el reflejo arqueológico de la misma. Igualmente también podemos aceptar, a modo de hipótesis, que dicha destrucción fue debida a una agresión micénica durante una expedición de saqueo, pero siendo conscientes de que no se trata más que de una de las diversas hipótesis que se pueden elaborar, con los materiales arqueológicos e históricos de que disponemos, para explicar la destrucción de uno de esos dos niveles del *tell* de Hissarlik, igual de válida, en principio, que otras hipotéticas explicaciones que se pueden dar para dicha destrucción, como podrían ser, por ejemplo, comprender la destrucción de Troya como consecuencia de un enfrentamiento generalizado entre micénicos e hititas en el noroeste de Anatolia o del ataque de los pueblos del mar<sup>51</sup>.

La diferencia fundamental con respecto a los puntos de vista defendidos por Latacz radica, en mi opinión, en que la aceptación de la primera de dichas hipótesis no tiene por qué implicar, directamente, que haya que considerar la narración de la guerra que nos ofrecen los poemas homéricos como el relato de un acontecimiento histórico ocurrido durante la Edad del Bronce en Anatolia sino que, en realidad, nos encontramos ante la utilización distorsionada, típica de una cultura oral y del pensamiento mítico, de unos posibles acontecimientos históricos con una finalidad que no responde, para nada, al deseo de rigor histórico y sí a ese proceso de reciclado a que el mito somete a la realidad para hacerle desempeñar una función social dentro de su propia lógica.

Las excavaciones de Korfmann, por tanto, no han aclarado nada con respecto al tema de la historicidad de la guerra de Troya tal y como Homero nos la narra y, en conclusión, no parecen ser de ninguna ayuda a la hora de intentar calificar a la *Iliada*, tal y como pretende Latacz, como fuente histórica. Incluso podemos afirmar que los resultados de las excavaciones de Korfmann, al establecer el carácter fundamentalmente anatólico del yacimiento de Hissarlik, parecen ir en contra de esta consideración de Homero en lo que respecta a la descripción que éste nos ofrece de la sociedad troyana. Wathelet<sup>52</sup> ha señalado que la sociedad troyana de la *Iliada* es perfectamente comprensible desde la óptica helena: todo, en la Troya de Homero (los nombres, los dioses, la mentalidad, etc.), resulta explicable desde el punto de vista griego y este helenocentrismo sólo aparece perturbado por unos pocos elementos no griegos que en el poema se atribuyen a los troyanos; elementos que, en realidad, no

<sup>51</sup> M. Wood, *In search of the Trojan War* (New York-Oxford 1985) 167, 207-208 y 225.

<sup>52</sup> P. Wathelet, *Les troyens de l'Iliade. Mythe et histoire* (Liège 1989) 186-187.

dan cuenta de una realidad histórica oriental sino que son, fundamentalmente, fruto de un concepto banal y típicamente griego del Oriente que se mezcla con esos otros rasgos helénicos, mayoritarios, que el poeta atribuye a los troyanos. Esta discrepancia entre la Troya que descubre la arqueología y la imagen que nos ofrece Homero es un ejemplo evidente de que la explicación de la destrucción de los niveles VI y VII de Hissarlik nunca se podrá obtener a través del recurso a Homero, sino mediante los propios datos arqueológicos y del estudio de la documentación hitita.

A lo largo de las presentes páginas hemos intentado demostrar, por tanto, que las cosas, en realidad, no están tan claras como creen Latacz y muchos de sus predecesores y que Homero, tras su relato, no tiene porqué ofrecernos un fondo de verdad histórica. Parece, por tanto, que a los poemas homéricos no les podemos atribuir ese carácter de fuente histórica secundaria para el conocimiento de la guerra de Troya que Latacz les quiere atribuir. Debemos señalar, no obstante, que esta negación de la historicidad del relato homérico no implica que los poemas de Homero no se puedan utilizar como fuente histórica, pues resulta evidente que se trata de una fuente importantísima para el conocimiento de la historia de la Grecia antigua. La solución a esta aparente paradoja precisa que, previamente, se resuelva la cuestión de qué tipo de fuente histórica son los poemas homéricos para, a continuación, intentar explicar por qué, pese a todos los indicios que nos señalan lo contrario, persiste en algunos autores ese deseo de historizar la narración de la *Iliada*.

La consideración de Homero como fuente histórica pasa, como señaló Pierre Vidal-Naquet hace varias décadas<sup>53</sup>, por realizar una aproximación a los poemas homéricos que parta de una concepción del tiempo que reflejan como mítico y no histórico. A partir de este acercamiento es posible llegar a realizar una *antropología homérica* de fuerte carga histórica que nos permita conocer la mentalidad, básicamente aristocrática, que se expresa en los poemas. Las aristocracias sucedieron, en la historia de Grecia, a los estados micénicos y, por tanto es en este mundo en el que hay que buscar la historicidad de los poemas homéricos. Se trata, en conclusión, de realizar un análisis histórico de los poemas a partir de la visión que estos nos ofrecen de su mundo, pero sin querer ver o buscar en ellos ningún trasfondo histórico que se pueda relacionar con un momento concreto de la historia de Grecia, sino, simplemente, como el reflejo de un sistema de valores encarnados por una etapa concreta de aquélla. Esta forma de aproximación a la historicidad de los poemas homéricos implica ir más allá de la verdad de los hechos narrados por Homero, considerando, así, que los poemas son un testimonio histórico insustituible, entendiéndolo, claro está, que la historia “no es el registro de los hechos sino la transmisión global del recuerdo de un patrimonio cultural”<sup>54</sup>. Con este tipo de planteamiento se busca, en resumidas

<sup>53</sup> P. Vidal-Naquet, “Homère et le monde mycénien”, *Annales (ESC)* 18 (1963) 703-718; ver también P. Vidal-Naquet, *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna* (Madrid 1992) 39-46 ss.

<sup>54</sup> E. Cantarella, *Norma e sanzione in Omero. Contributo alla protostoria del diritto greco* (Milano 1979) 54. En este mismo sentido: Carlier, *Homère...*, 263 y 355.



cuentas, superar la historia *événementielle* o de acontecimientos en la que, hasta ahora, se ha visto atrapada la concepción de los poemas homéricos como fuente histórica.

Un ejemplo de esta consideración de los poemas homéricos como fuente histórica nos lo ofrecen algunos trabajos recientes, como el estudio de Haubold sobre el *laos* en los poemas homéricos. La conclusión general de dicho estudio, que parte de la aceptación de que el mundo homérico se localiza en algún momento del proceso que llevó a la sociedad griega hasta la *polis* clásica, es que el *laos* homérico es un grupo humano primitivo, fundacional, anterior al progreso social que implica la *polis* y que, por tanto, no implica el establecimiento de una estructura social permanente, de ahí su utilidad, como elemento de comparación que permitía que las comunidades políticas griegas de época arcaica y clásica alcanzasen plena consciencia sobre el progreso y evolución de su situación con respecto al pasado<sup>55</sup>. En esta misma línea también podemos mencionar el trabajo de Thalman sobre las relaciones de dependencia y los sistemas jerárquicos que se plasman en la *Odisea* que, en su opinión, no corresponden con ningún momento real del pasado griego sino que son una representación incompleta y distorsionada, con fines ideológicos, de la situación que se vivió en Grecia en el siglo VIII a.C. o en un momento ligeramente anterior<sup>56</sup>. La *Odisea*, en su opinión, ofrecía, a los griegos, un modelo paradigmático de relaciones jerárquicas dentro de una sociedad aristocrática que se ubicaba en el pasado heroico y que, por el tipo de temas que trataba, siguió resultando útil a la sociedad griega de época histórica, de ahí su influencia y perdurabilidad como modelo cultural<sup>57</sup>.

La diferencia fundamental entre esta forma de comprender la historicidad de los poemas homéricos y de valorarlos como fuentes históricas y aquella otra, como la defendida por Latacz, que, en el fondo, lo que quiere es historizar la narración homérica, deriva, de hecho, de dos concepciones distintas de la Historia. La diferencia radica en la distinta concepción de la historia y de lo histórico que defienden unos autores y otros. La tendencia historizante del relato de la guerra de Troya que nos ofrecen los poemas homéricos defiende una concepción historicista de la historia y del documento histórico, un punto de vista que se centra, por tanto, en el gran acontecimiento bélico o político y que, en última instancia, aspira, siguiendo el postulado rankiano, a “mostrar las cosas tal y como sucedieron”. La postura contraria, aquélla que defiende el carácter de los poemas como fuentes históricas pero que rechaza la historicidad de la guerra de Troya narrada por Ho-

<sup>55</sup> J. Haubold, *Homer & people. Epic poetry and social formation* (Cambridge 2000) 163 ss.

<sup>56</sup> G. W. Thalman, *The swineherd and the bow. Representations of class in the “Odyssey”* (Ithaca-London 1998) 243.

<sup>57</sup> Thalman, *op. cit.* 278 ss. Utilidad que, en opinión de A. Ballabriga, *Les fictions d’Homère. L’invention mythologique et cosmographique dans l’Odyssée* (Paris 1998) 13 ss., derivaría de la composición monumental por escrito de los poemas homéricos durante el siglo VI a.C. Datación defendida también por J. Signes Codoñer, *Escritura y literatura...*, 171 ss.

mero, defiende una concepción de la historia mucho más vinculada con el estudio de los aspectos económicos, sociales o ideológicos del mundo que subyace en los poemas y que no manifiesta ninguna preocupación por demostrar la autenticidad histórica de los hechos narrados por Homero.

Entre la narración de los poemas homéricos y los datos que nos ofrece la arqueología existe una gran diferencia, dado que Homero y la arqueología nos remiten a diferentes hechos y tiempos. Esta diferencia no sólo se aplica al caso de Homero, en el que la diferencia todavía es mayor como consecuencia del carácter poético de los datos homéricos, sino que, como hemos intentado hacer ver en el presente trabajo, se trata de un hecho generalizable al problema de la historicidad de la guerra de Troya y aplicable a las complejas relaciones entre la arqueología del Bronce egeo y la historia del mundo micénico. Hacer casar los datos arqueológicos con las noticias que podemos extraer del material escrito, ya sea micénico, hitita o egipcio, para lograr una visión de conjunto resulta muy difícil y ello se debe, fundamentalmente, a que la arqueología y la historia trabajan con un tipo de datos y una escala temporal distintas<sup>58</sup>.

Pese a esta dificultad, cabe la posibilidad de que podamos llegar a saber, gracias a la arqueología y a los avances de la investigación en el terreno de la hitología, cuál pudo haber sido la verdadera causa que se esconde detrás de la destrucción de la Troya histórica, es decir, de la ciudad representada por los niveles arqueológicos que hasta ahora se venían considerando como la Troya homérica (ya sea el VI o el VIIa), pero ello, en mi opinión, difícilmente se podrá conseguir utilizando a Homero como fuente histórica que nos ayude a aclarar dichos acontecimientos. “La arqueología – como señaló Vidal-Naquet<sup>59</sup>- no prueba, y no puede probar, que un ejército de coalición ha asediado Troya, y mucho menos que este ejército tuviese un jefe único y reconocido. Es como buscar en Roncesvalles el cuerno de Roldán y el sepulcro de los doces pares de Carlomagno. Entre la Troya de los arqueólogos y la Troya de Homero no hay zonas comunes”.

Y, sin embargo, ¿por qué esa recurrente obstinación, por parte de ciertos historiadores, filólogos y arqueólogos, en intentar hacer coincidir dos tipos de datos distintos, unos de ellos históricos, los arqueológicos, y otros poéticos, los homéricos? La única causa para que ello suceda radica, a mi entender, en que la labor de los historiadores y de los arqueólogos se basa en una serie de principios inconscientes, para todos ellos, que les permiten construir el relato histórico con el que explican el pasado. Entre dichos principios<sup>60</sup>, se encuentra el principio de

<sup>58</sup> S. W. Manning, “From process to people: longue durée to history”, *Aegaeum* 18 (1998) 314 y 321.

<sup>59</sup> Vidal-Naquet, *La democracia griega...*, 22. Ver también P. Vidal-Naquet, *El mundo de Homero. Breve historia de la mitología griega* (Barcelona 2003) 24-31.

<sup>60</sup> J. C. Bermejo Barrera, M. M. Llinares García, “El sarcófago vacío: ensayo sobre los límites del conocimiento arqueológico”, J. C. Bermejo Barrera, *¿Qué es la historia teórica?* (Madrid 2004) 134-137.

la armonía preestablecida entre los acontecimientos históricos y los documentos, es decir, la creencia en que el número de documentos u objetos existentes es suficiente para dar una visión global de la época que se estudia; principio a todas luces totalmente arbitrario, pues parece implicar la existencia de un plan suprahumano (¿podríamos decir, incluso, divino?) que cuida de que se conserven todos aquellos materiales que los historiadores precisan para conocer el pasado. Dicho principio, combinado con la creencia en que el mundo puede ser conocido y explicado en su totalidad (es decir, el principio de razón suficiente), creo que explica el fenómeno de historización de los poemas homéricos del que hemos venido hablando.

El deseo, por parte de historiadores y arqueólogos, de ofrecer una explicación total que tenga en cuenta todos los datos disponibles acerca de la guerra de Troya, los lleva a combinar datos y noticias de diverso origen y carácter, como son las arqueológicas y épicas, sin reparar en que, antes de hacerlo, es preciso someter a crítica ambos tipos de noticias para saber si, en realidad, ambas pueden ser utilizadas conjuntamente en su explicación. Si se lleva a cabo dicha crítica, como he intentado realizar en las presentes páginas, resulta evidente que los poemas homéricos no se pueden utilizar como fuente histórica si lo que queremos hacer con ellos es realizar una reconstrucción historicista de la historia, es decir, si queremos narrar la realidad histórica de la toma de Troya. Si, por el contrario, utilizamos los poemas como fuentes para la construcción de una historia de tipo sociológico, económico o ideológico, estos nos resultarán de gran utilidad, fundamentalmente porque son la única información escrita de que disponemos, pero, aún así, ese uso de los poemas homéricos como fuentes sólo nos permitirá realizar una reconstrucción muy parcial del pasado, siendo muchos los puntos oscuros del mismo que se escapan a nuestro conocimiento. Este conocimiento parcial del pasado no es, simplemente, una consecuencia directa del carácter que los poemas homéricos poseen como fuentes históricas sino que es una característica general del conocimiento histórico, de tal modo que, para el caso que aquí nos ocupa, la reconstrucción de la “guerra de Troya histórica”, ésta, pese a los futuros avances que se puedan producir dentro del campo de la arqueología troyana, heládica o hitita y de los estudios de los micenólogos e hitólogos, seguirá siendo fundamentalmente parcial e hipotética.

Tras estas dos visiones distintas del carácter de los poemas homéricos como fuentes históricas se esconden, en última instancia, dos concepciones distintas de la Historia. Una de ellas defiende que ésta es una forma total y perfecta de conocimiento del pasado, la otra, mucho más humilde y realista, propugna el carácter fragmentario del conocimiento histórico, pues reconoce que existen aspectos que, con los datos de que disponemos, son imposibles de captar y, al mismo tiempo, acepta la provisionalidad de las reconstrucciones que dicho conocimiento puede llegar a alcanzar.

Leamos, por tanto, a Homero, utilicémoslo para intentar conocer la sociedad griega de época oscura e histórica y dejemos que los arqueólogos, micenólogos

y orientalistas realicen su trabajo para, de ese modo, intentar conocer mejor la historia de Asia Menor a fines de la Edad del Bronce y poder llegar, así, a explicar las causas de la destrucción de los asentamientos que a fines del segundo milenio a.C. ocuparon el *tell* de Hissarlik, pero no mezclemos unos y otros en busca de una imposible explicación histórica total. Hace años, Nicole Loraux tituló uno de sus trabajos con la afirmación “Tucídides no es un colega”<sup>61</sup>, en clara referencia a que la narración histórica que ofrece Tucídides no debe ser tomada como un “relato verídico” sino como un texto que, como tal, puede y debe ser tratado como un documento útil para el historiador; pues bien, haciendo referencia al caso que aquí nos ocupa, podemos continuar dicha afirmación asegurando que Homero tampoco fue un colega, ni lo quiso ser, pese a los múltiples esfuerzos que se han realizado en los dos últimos siglos por intentar convertirlo en un historiador o en un “reportero de guerra” *avant la lettre* y que, por ello, el mejor trato que, como documento, se puede dar a la *Iliada* y a la *Odisea* es, al igual que defendía Loraux para Tucídides, descargarlas de su componente de veracidad como relatos históricos para convertirlas en documentos útiles para llegar a comprender el pasado griego.

<sup>61</sup> N. Loraux, “Thucydide n’est pas un collègue”, *QS* 12 (1980) 55-81.